

Logos y duda poética*

Francisco Javier Meza González

Vosotros sabéis que yo no pretendo enseñaros nada, y que sólo me aplico a sacudir la inercia de vuestras almas, a arar el barbecho empedernido de vuestro pensamiento, a sembrar inquietudes, como se ha dicho muy razonablemente, y yo diría mejor, a sembrar preocupaciones y prejuicios; quiero decir juicios y ocupaciones, previos y antepuestos a toda ocupación zapatera y a todo juicio de pan llevar.

Antonio Machado, *Juan de Mairena*

He escrito y escribo movido por impulsos contrarios: para penetrar en mí y para huir de mí, por amor a la vida y para vengarme de ella, por ansia de comunión y para ganarme unos centavos, para preservar el gesto de una persona amada y para conversar con un desconocido, por deseo de perfección y para desahogarme, para detener al instante y para echarlo a volar. En suma para vivir y sobrevivir.

Octavio Paz, *La casa de la presencia*

DECÍA AGUSTÍN DE HIPONA que si nadie le preguntaba acerca de qué es el tiempo, lo sabía, pero si alguien le preguntaba, no lo sabía. Parafraseándolo respondemos lo mismo acerca de qué es investigar, quizá porque tanto el tiempo como investigar o el conocimiento en general deben vivirse, experimentarse, absorberse. Así como amar incluye o implica amarse. Por eso, antes que nada, uno debe sentirse bien con lo que hace. Para Albert Einstein “La experiencia más hermosa que tenemos a nuestro alcance es el misterio. Es la emoción fundamental, la cuna del verdadero arte y de la verdadera ciencia”.¹

* Premio *Casa del Tiempo* 2009. Mención Honorífica, categoría Ensayo Crítico-Literario.

Un judío pregunta: ¿Qué hace Dios en sus tiempos libres?, con el sutil humor que caracteriza a los rabinos, uno responde: “¡Estudia!” Los judíos, por una larga experiencia en sobrevivir, saben que en vida todo le pueden a uno arrebatar, la riqueza, las casas, los objetos, pero lo que nadie te puede quitar, con excepción de la muerte, es el conocimiento. Acerca de él tampoco olvidemos que ya el *Eclesiastés* nos advierte: “No intentes saber todo porque te perderías” pero debemos reconocer que la advertencia va relacionada con el “Todo”, no con la renuncia ni con la recomendación de no aprender. Algo parecido decía el poeta medieval Don Sem Tob: “uno se pierde o se gana por sus propias ‘mañas’. Y no hay ninguna que valga como el saber. En el libro se goza de la compañía de los sabios. En cambio, no hay peor enemigo que la necedad.”² La idea de que investigar implica riesgos, también tiene ver con la insana obsesión o necedad por la verdad, como ocurrió, por ejemplo, con los inquisidores inventados por la Iglesia Católica para cuidar los dogmas de la institución. Conocer hasta el último rincón de la mente de las víctimas era su abominable oficio, abominable porque hay cosas que debemos renunciar a saber: la conciencia de cualquier sujeto debe respetarse y lo mismo ocurre con algunas cuestiones de la naturaleza a la que insanamente también le hemos perdido el respeto provocando la liberación de fuerzas, que como todos los aprendices de brujos, ahora no sabemos controlar. En la novela *El nombre de la rosa* de Umberto Eco, cuya historia acontece en la Edad Media, un fraile fanático llamado Jorge se convierte en criminal por amor a esconder un libro que enseñaba a reír, actitud que repudiaba. Al respecto, casi al final del relato un personaje le dice a su discípulo las siguientes sabias palabras:

Huye, Adso, de los profetas y de los que están dispuestos a morir por la verdad, porque suelen provocar también la muerte de muchos otros, a menudo antes que la propia. Jorge ha realizado una obra diabólica, porque era tal la lujuria con que amaba su verdad, que se atrevió a todo para destruir la mentira. Tenía miedo del segundo libro de Aristóteles, porque tal vez éste enseñase realmente a deformar el rostro de toda verdad, para que no nos convirtiésemos en esclavos de nuestros fantasmas. Quizá la tarea del que ama a los hombres consista en lograr que estos se rían de la verdad, lograr que *la verdad ría*, porque la única verdad consiste en aprender a liberarnos de la insana pasión por la verdad.³

Pasando a otro asunto, distinguiría entre dos formas de investigación divididas apenas por sutilezas: una sería investigar para aprender a aprender en términos generales y la otra investigar algo en particular. Me parece que ambas caminan juntas o por lo menos deberían: aprender a aprender implica investigar en términos generales pero también particulares. Una es soporte de la otra: mientras más se aprende de manera general es más probable que nos desempeñemos mejor en términos particulares. Más, para innovar y transformar el conocimiento primero debemos conservarlo, esto es asimilar parte de lo que existe para después de analizarlo poder renovarlo o encontrar nuevos caminos. Hay quien piensa que simplemente conservar es ya, en sí, difícil, y lo es más todavía, transformar. Por eso tenemos todo el derecho a afirmar: “Yo no creo ideas, simplemente juego con ellas”.

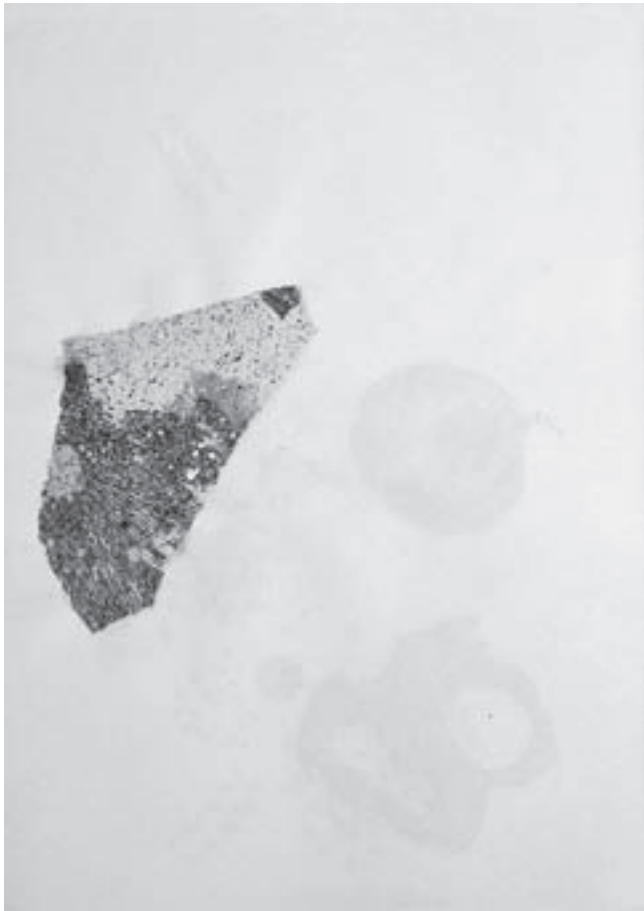
Jugar con las ideas es muy importante, además de que ello nos permite no incurrir en dogmatismos, también ayuda a defendernos de la otra tremenda verdad igualmente contenida en el *Eclesiastés*: “Quien acumula saber acumula dolor”. En efecto, gracias al conocimiento, saber, ver, observar, presentir, intuir, lo que no todo mundo percibe es doloroso porque aun cuando sepamos comunicarlo no a todo mundo le interesa y, en ocasiones, tampoco tenemos los medios para hacerlo. Por ello es necesario saber jugar con las ideas. Con mucha certeza y seriedad, el filósofo René Descartes afirmó que lo mejor repartido en el mundo era la razón. Un pensador moderno lo refutó afirmando que lo mejor repartido no es la razón sino la imbecilidad, y si todos aceptamos nuestra imbecilidad tomaríamos menos en serio nuestras estupideces y nos negaríamos a arrojarnos al abismo como acostumbra hacerlo muy a menudo la especie humana.

Por lo anterior me parece que quien ambicione investigar en Ciencias Sociales y Humanidades debe amar a Platón, a Aristóteles, a Locke, a Voltaire, etc., pero sobre todo debe amar la verdad y la justicia y sentirse bien o a gusto haciéndolo. Digamos que ello constituye más una creencia y una práctica placentera que debe más a la estética

que a la ética. Mentir conscientemente no es malo o bueno a secas, es más bien una lepra repugnante que daña directamente la condición humana que debe ser lo máspreciado e importante para todo humanista y científico social. Por lo mismo, veamos ahora otro enfoque respecto a la verdad y que complementa lo que antes vimos con Eco. Para los trágicos griegos la verdad era la verdad sin importar si la decía: “el rey Agamenón o el porquero de Agamenón”. El paciente-impaciente, heterodoxo e iconoclasta profesor Juan de Mairena cuando expuso a sus alumnos la tesis griega, señaló con suspicacia e ingenio que ante la afirmación anterior Agamenón debió haber dicho: “conforme”, mientras que el porquero agregó: “no me convence”.⁴ Y no le convence porque sabe que en las relaciones de poder la verdad del rey seguirá siendo siempre la verdad pese a lo que él, como porquero, diga. Para Sánchez Ferlosio, el porquero sabe, intuye, las palabras que después dijo el cínico y servil personaje Humpty Dumpty: “No es el sentido de las palabras lo que importa; lo que importa es saber quién manda”. Ante lo anterior Sánchez Ferlosio claramente nos advierte con suma ironía, tener cuidado porque “La verdad no es la verdad ni aunque la diga el porquero de los dioses o el dios de los porqueros. Será siempre una sucia invención de los mandarines”.⁵ Digo, deduzco y afirmo: los mandarines nunca dicen la verdad.

Antes de aprender, el mundo ante nuestros ojos aparece fragmentado, desarticulado, sin orden y sentido. Lo que llamamos realidad, es, gracias a la palabra convertida en lenguaje, con él aprendemos a nombrarla y ordenarla siempre provisionalmente. Por eso se puede decir que “no somos iguales porque el lenguaje otorga jerarquía”. El crítico Harold Bloom al respecto considera que la escritura es “Psiquis”, que quiere decir respirar (*bhes*); texto, significa tejer y fabricar (*tesk*), y “representar” tiene su raíz en *es* o Ser.⁶ Jugando con estas palabras digamos que escribir es tejer o fabricar una representación que respira. Pero como nada surge de la nada nuestro texto o tejido debe apoyarse, para que respire y represente, en otros textos o tejidos. Por eso se dice con acierto que a menudo las palabras nos usan y nos dictan nuestros discursos, de ahí que lo más importante es aprender a usarlas y a tener mucho cuidado con ellas, tanto con lo que dicen como con lo que no dicen y con la forma como lo dicen. Al respecto nos puede ayudar lo señalado por el escritor George Steiner respecto a que la lectura de un texto clásico, de cualquier tipo, constituye *una forma significativa que nos lee*, es decir,

Es ella quien nos lee más de lo que nosotros la leemos, escuchamos o percibimos. No existe nada de paradójico, y mucho menos de místico, en esta definición. El clásico nos interroga cada vez



que lo abordamos. Desafía nuestros recursos de conciencia e intelecto, de mente y de cuerpo (gran parte de la respuesta primaria de tipo estético, e incluso intelectual, es corporal). El clásico nos preguntará: ¿has comprendido?, ¿has re-imaginado con seriedad?, ¿estás preparado para abordar las cuestiones, las potencialidades del ser transformado y enriquecido que he planteado?⁷

La palabra libre escrita constituye la peor amenaza para todo tipo de poder. Recordemos que los ejércitos, los aviones, las bombas, se mueven porque atrás hay hombres que creen y obedecen discursos. El poder de la palabra escrita nos lo indica claramente los siguientes versos del poeta medieval Don Sem Tob:

La palabra a poco tiempo que pase se olvida; la escritura queda guardada para siempre;
y la razón que no está puesta por escrito es tal como flecha que no llega al blanco:
los unos lo cuentan de una manera, los otros de otra; nunca de la investigación que de ella se haga resulta efecto cierto;
de los que allí estaban pocos se acordarán de cómo fue lo que oyeron, y no se pondrán de acuerdo.
Sea violenta, sea dulce, la palabra es tal como sombra que pasa y no deja señal;
no hay lanza que burle toda clase de corazas ni que traspase tanto como lo hace la escritura:

que la saeta se dispara hasta un blanco determinado, y la letra alcanza desde Burgos a Egipto;
y la saeta hierde al ser vivo capaz de sensación, y la letra conquista así en vida como en muerte;
la saeta no llaga más que al que está presente: la escritura llega hasta el que está ausente al otro lado del mar;
de una saeta le defiende a uno un escudo: de la letra ni el mundo entero puede defenderlo.⁸

Lo anterior lo sabe el tirano, por eso es capaz de asesinar al autor. Un caso concreto lo constituye el asesinato del importante poeta ruso Osip Mandelstan en los campos de trabajo forzado por órdenes del carnicero Stalin, pues el siguiente epigrama inflamó el odio del dictador cuando llegó a sus oídos en 1933:

Vivimos insensibles al suelo bajo nuestros pies,/ Nuestras voces a diez pasos no se oyen.// Pero cuando a medias a hablar nos atrevemos/ Al montañés del Kremlin siempre mencionamos.// Sus dedos gordos parecen grasientos gusanos,/ como pesas ciertas las palabras de su boca caen.// Aletea la risa bajo sus bigotes de cucaracha/Y relucen brillantes las cañas de sus botas.// Una chusma de jefes de cuellos flacos lo rodea,/ infrahombres con los que él se divierte y juega.// Uno silba, otro maúlla, otro gime, // Sólo él parlotea y dictamina.⁹

Por eso ante cualquier discurso cuando leemos-investigamos debemos preguntarnos, por lo menos: “¿Quién es el que habla?”, “¿desde dónde o desde qué sitio me habla?” Y siempre recordar que todo discurso siempre calla más de lo que dice porque es obvio que no existe un discurso en el que quepan todos los discursos. Además, nadie puede decir todo. Resumiendo, las palabras no son ingenuas, ni neutrales; ellas nombran o esconden la realidad, son oscuras, claras o incoherentes, y están siempre en movimiento. Por eso debemos vigilar el lenguaje y no lo podemos hacer más que superando el silencio y no olvidando sus peligros.¹⁰

Como sabemos, la ciencia del siglo XIX se consideró a sí misma como exacta y pensaba que la misma causa siempre debía producir los mismos efectos. En las primeras décadas del siglo XX el científico alemán Werner Haisenberg descubrió que respecto a una de las partículas más pequeñas, el electrón, era posible medir su velocidad pero no conocer su posición o, bien, conocer su posición pero no su velocidad. Es decir, no es posible conocer la velocidad y la posición del electrón al mismo tiempo. Esto lo llevó a proponer la llamada teoría de la incertidumbre que sostiene que debido a limitaciones naturales muchas de las propuestas de las ciencias sólo pueden enunciarse como probables porque estamos sujetos a la incertidumbre: tal o cual cosa puede ocurrir pero no tenemos ninguna certeza al respecto. Desde este momento todas las ciencias dejaron de

considerarse como exactas y de causalistas se convirtieron en probabilísticas. El propio Albert Einstein al principio se burló diciendo que “Dios no jugaba a los dados”, pero con el paso del tiempo le dio la razón.

A las ambiciones cientistas o científicas de la mayoría de los positivistas, y su fervor casi sacerdotal por encontrar verdades absolutas, durante el siglo XIX el infante terrible que fue Nietzsche, se encargó de ensartarles afilados dardos. Quizá uno de los más contundentes fue burlarse y demostrar que para conocer no es suficiente con poseer un cacareado método científico. Todavía más, el culto desmedido por el método científico lo llevó a afirmar que en su siglo no había triunfado la ciencia sino más bien el método sobre la ciencia, es decir, la receta sobre cómo hacer pretendidamente ciencia. Profundo conocedor de las pasiones, sabía que, por ejemplo, el odio también nos ayudaba a conocer. Gracias al desprecio, uno podía tomar distancia de lo repudiado, y aguzando la vista y el pensamiento, podíamos encontrar grietas o puntos débiles en lo analizado. Pero para conocer también nos sirve la risa, la burla. Quizá el siguiente chiste nos da una mejor idea; un judío le dice a un cristiano: “nosotros no matamos a Cristo, pero aun cuando hubiera sido así yo no sé porque se quejan y nos odian tanto, si sólo murió por dos días”.

Nietzsche, como otros, sabía, intuía y coincidía con, por ejemplo, el famoso escritor ruso León Tolstoi para quien la realidad sobre todo era: “Pensamiento, conocimiento, poesía, música, amor, amistad, odios, pasiones”.¹¹ Vicio u obsesión de literatos, como quiera que sea, sus opiniones son más importantes que las de muchos “metodólogos”; “he pasado la vida –apuntaba Borges– leyendo, analizando, e intentando escribir” pero descubrió que lo que le resultó siempre más importante era simplemente *disfrutar*. Para el obsesionado con el método y la objetividad lo anterior puede saber a herejía; no obstante, aprender implica sentir y sentir significa reconocer el gozo y el sufrimiento. Alegría y tristeza, certeza y duda, amor y odio, son sólo algunas de las complejas contradicciones que moldean la condición humana. Sin embargo, de todas, una es muy importante porque de ella derivan diferentes variantes. El *homo*, además de *sapiens* también es *demens*; somos animales de excesos o dirían los griegos, de *ubris*: en ocasiones somos sabios, templados, mesurados, y otras somos ignorantes, agresivos, compulsivos. Y gracias a la locura que todos lucimos, unos con alegría y seguridad, otros con tristeza y miedos, existe la pasión por la creación, la invención, el amor y la poesía.¹² Tomemos en cuenta que muchas veces, gracias a la locura del desadaptado, las cosas cambian. Para el sociólogo Edgar Morin el Ser *demens-sapiens* que todos somos encuentra nuestra unidad en el *summum* llamado amor. En él, la

locura y la sabiduría se dan cita, se conjuntan y, entretreídos, dan paso a un estado segundo indispensable que es la poesía. En otras palabras somos animales locos que hemos inventado la razón, pero también animales razonables que engendramos locura. Pero para fortuna nuestra, gracias a la poesía podemos trascender nuestra antinómica situación y sin que la poesía pierda las características que nos constituyen. Por eso, debemos siempre recordar que cualquier disciplina tiene un aspecto poético que tenemos que cuidar y evitar que desaparezca ya que “el estado poético nos transporta a través de la locura y la sabiduría más allá de la locura y la sabiduría”.¹³

Además de la razón y su prosa y su ciencia, tenemos que aprender a rescatar el estado poético reconociendo que la condición humana es prosa y poesía, sólo que a ambas únicamente podemos rescatarlas con el amor. Un estado que conjuga lo físico y lo biológico y una extraordinaria mitología imaginativa. Es posible que la palabra y el logos procedan del amor, pero éste también procede de la palabra y el logos. El amor a los otros y el amor a sí mismo significa una doble posesión: posesión de los otros y posesión de nosotros mismos, de ahí que el amor sea trasgresión y no obedezca al orden social; va más allá, lo rompe, lo viola porque anhela la plenitud del cuerpo y del alma. Plenitud que tanto para Morin como para el filósofo Heráclito nos lleva a reconocer a la íntima tragedia y a la única certeza de toda existencia: “Morir de vida, vivir de muerte”.

Al amor –como enigma central de nuestra vida– que une a la locura con la sabiduría, es sobre todo la poesía la que ha buscado explicarlo y responder a sus llamadas, pero sus respuestas siempre han sido múltiples, heterogéneas, escurridizas y enemigas de toda racionalidad que siempre insiste en una respuesta única y precisa. Para Sócrates el conocimiento debía ser bondadoso, es decir, para aprender e investigar debemos ser generosos y combinar la prosa y la poesía así como en la vida se combinan el dolor y la alegría. Pero también debe guiarnos el amor, pues sin amor no puede haber verdad y sin verdad el amor perece, ya que sólo él nos ayuda a descubrir nuestras verdades y las verdades de los otros. Hemos visto que el sujeto que investiga debe usar la prosa y la poesía, la soledad, la bondad, la generosidad y el amor, etcétera, pero igualmente, a menudo, el llamado sentido común. Procusto fue un mítico y antiguo bandido griego que poseía un lecho o una cama mágica que sólo admitía la estatura del cuerpo de su dueño, y cuando algún extraño se acostaba en ella está se encogía ya de un lado u otro y dejaba siempre colgando los pies o la cabeza del intruso. El bandido acostumbraba divertirse a costa de sus víctimas y les prometía dejarlos en libertad si cabían en su lecho, en caso contrario, les debía

cortar todo lo que quedaba fuera de él. Para su regocijo infaliblemente terminaba cortándoles la cabeza o los pies. En las investigaciones es común que cuando la realidad no se adapta o desborda nuestro método (lecho de Procusto) optamos por callarlo y recortamos o ignoramos todo lo que quede fuera. Isaiah Berlin, un importante escritor de origen ruso preocupado por la historia de las ideas, desarrolló partiendo de un antiguo verso una interesante manera de mirar o analizar la personalidad y actitudes del investigador ante el mundo. Para teorizar acerca de la personalidad de los pensadores y la anterior antinomia, Berlin utilizó un verso perteneciente a un antiguo poeta griego llamado Arquíloco de Paros. El verso es profundamente enigmático y dice así: “Muchas cosas sabe la zorra, pero el erizo sabe una sola y grande”. Berlin, partiendo del estudio de la vida y obra del genial escritor ruso León Tolstoi nos descubre a un individuo que se debatió toda su vida defendiendo las particularidades de los seres ante las grandes teorías de su tiempo que pretendían explicarlo por medio de sistemas y teorías absolutistas y generalizadoras. Sin embargo, pese a todo, murió anhelando encontrar una gran teoría que pudiese explicar el enigma que constituimos todos los seres.

Del análisis de Berlin se desprenden, sobre todo, la necesidad de reconocer la existencia de dos tipos de personalidades dentro del mundo del conocimiento científico y artístico: esto es, una, prefiere someter todo a una sola visión, digamos que se inclina por una fuerza centrípeta, y la otra reconoce la existencia de contradicciones y prefiere la pluralidad en el conocer, esto es, prefiere la fuerza centrífuga. Citando *in extenso*:

[...] media un gran abismo entre quienes, por un lado, relacionan todo con una única visión central, un sistema más o menos congruente o consistente, en función del cual comprenden, piensan y sienten –un único principio universal, organizador, que por sí sólo da significado a todo lo que son y dicen– y por otro, quienes persiguen muchos fines, a menudo inconexos y hasta contradictorios, ligados, si lo están, por alguna razón *de facto*, alguna causa psicológica o fisiológica, sin que intervenga ningún principio moral o estético [...] su pensamiento es despararramado o difuso, ocupa muchos planos a la vez, aprehende la esencia misma de una vasta variedad de experiencias y objetos por lo que éstos tienen de propio, sin pretender consciente ni inconscientemente, integrarlos –o no integrarlos– en una única visión interna, inmutable, globalizadora, a veces contradictoria, incompleta y hasta fanática.¹⁴

De acuerdo con el anterior planteamiento, Berlin encuentra que Tolstoi siempre fue una zorra que deseaba ser un erizo sin lograrlo nunca. En el mismo sentido podemos decir que erizos, creadores de grandes sistemas fueron

Aristóteles, Hegel, Marx, y Freud; y zorras como Platón, Montaigne, Shakespeare, Goethe y Joyce. Por supuesto, lo anterior no excluye que existan zorras que se conviertan en erizos o viceversa, o bien que existan personalidades que albergan y se debatan entre las dos posturas. No obstante, debemos reconocer que la humanidad debe mucho a ambas actitudes y que, afortunadamente, ninguna puede eliminar a la otra.

Una zorra pasea por la calle y de pronto alguien la reconoce y le pregunta: ¿Usted es Borges? Y ella responde: ¡A veces! Otra zorra –el profesor Juan de Mairena– le pide a un alumno que escriba en la pizarra: “Los eventos consuetudinarios que acontecen en la rúa”. Al terminar ahora le pide que lo escriba en lenguaje poético. Y, obedeciendo, la frase ahora quedó así: “Lo que pasa en la calle”.¹⁵ Para Mairena no estaba mal. Y no estaba mal porque él no recomendaba recurrir a la duda de los filósofos o duda metódica-cartesiana, y “ni siquiera de los escépticos propiamente dichos, sino la duda poética, que es duda humana, de hombre solitario y descaminado, entre caminos. Entre caminos que no conducen a ninguna parte”. Mairena era consciente de que cuando exponía sus ideas en ellas siempre estuvieron presentes el humor y el desorden porque eran dignas hijas de su “apasionado escepticismo” al extremo de burlarse y elogiarlo y despreciarlo repetidamente. Decía: “Yo os aconsejo, más bien una posición escéptica frente al escepticismo”, también “.. no toméis demasiado en serio nada de cuanto oís de mis labios, porque yo no me creo en posesión de ninguna verdad que pueda revelaros”, o “aprende a dudar, hijo, y acabarás dudando de tu propia duda”. Más “Un optimismo absoluto no me parece aceptable. Tampoco os recomiendo un pesimismo extremado”.

La duda poética de Machado es una duda que gusta de negar, dudar y afirmar, y de contradecirse porque ello nos ayuda a pensar y es de lo que se trata. Por eso nos propone contradicciones necesarias e irresolubles. Por ejemplo, recomienda que “Nunca os jactéis de autodidactos, os repito, porque es poco lo que se puede aprender sin auxilio ajeno. No olvidéis sin embargo, que este poco es importante y que además nadie os lo puede enseñar”.¹⁶ Uno no puede ser totalmente autodidacto pero hay cosas que sólo podemos aprender por nosotros mismos. Lo otro, la radical heterogeneidad del ser y el amor también tienen que ver con la duda poética que Machado propone en lugar de la duda metódica, cosas de las que ya hemos hablado. También, desde su lógica de poeta, no admite conceptos inmutables, más bien los ve tanto como realidades vivas inmutables pero a la vez en movimiento, porque si son rígidos son incapaces de adaptarse a la permanente mutabilidad de lo real. Mas, dar múltiples significaciones, labor de la duda

poética, constituye lo múltiple y la heterogeneidad. En su incansable pensar el poeta-filósofo nos advierte insistentemente sobre la pretendida objetividad que hoy destruye al ser y nuestro mundo:

Todas las formas de la objetividad, o apariencias de lo objetivo, son, con excepción del arte, productos de desobjetivación, tienden a formas espaciales y temporales puras: figuras, números, conceptos. Su objetividad quiere decir, ante todo, homogeneidad, descualificación de lo esencialmente cualitativo. Por eso, espacio y tiempo, límites del trabajo descualificador de lo sensible, son condiciones *sine qua non* de ellas, lógicamente previas o, como dice Kant, *a priori*. Sólo a este precio se consigue en la ciencia la objetividad, la ilusión del objeto, del ser que no es. El impulso hacia lo otro inasequible realiza un trabajo homogeneizador, crea la sombra del ser. Pensar es ahora descualificar, homogeneizar.¹⁷

La rebelión del poeta es contra el imperio del número, contra lo cuantitativo que tiende a olvidar la importancia de lo cualitativo que siempre es heterogéneo. Por eso sostiene que el pensar poético es cualificador y que es un pensar que “se da entre realidades, no entre sombras; entre intuiciones, no entre conceptos”.

La duda poética nos ayuda a negar que el solitario pueda ser a solas con su corazón si no recurre a otros para dialogar, amar, encontrarse, y a dejar ardidés y engaños de lado para impedir que el otro sea porque yo soy en la medida en que los otros son, y los otros son en la medida en que yo soy. Desde nuestra soledad no debemos ser indiferentes a otras melodías, a otros cantos, y ser fraternos y ansiosos de lo otros. El mayor tesoro es una conciencia vigilante que sabe perfectamente que para ser necesita imaginarse como no es. Es decir, partir de lo que se carece y no de lo que se tiene pues sólo así podemos pensar al otro y ser generosos siguiendo la idea estética-ética de que “sólo se pierde lo que se guarda, sólo se gana lo que se da”. Porque el Ser es una conciencia activa y a la vez quieta y mudable; es decir, heterogénea y no objeto pasivo. Y desde su soledad, su orgullosa y lacerante soledad, piensa en los otros y así logra dejar de ser y poder ser. El Ser heterogéneo que quiere ser atendido, comprendido y conocido constituye una tarea sin fin, y gracias a la duda poética, sabe que “Nadie es más que nadie, porque por mucho que valga un hombre, nunca tendrá valor más alto que el valor de ser hombre”.¹⁸ Por eso, el ser que quiere ser, debe ser rebelde. Unamuno recomendaba una rebelión constante preocupada siempre por defender la vida al grado de cuestionar e inconformarse con el hecho de que por qué nos dan la vida y el amor si luego nos lo quitan. Por eso aconsejaba: “¡Vivid de tal suerte que el morir sea para vosotros una suprema injusticia”.¹⁹

Mairena, como zorra, buscaba y dudaba y seguía buscando sin parar. Atento a los reproches del que acostumbra seguir un único camino advertía socarronamente a sus alumnos: “Zapatero, a tu zapato, os dirán”. Vosotros preguntad: “¿Y cuál es mi zapato? Y para evitar confusiones lamentables, ¿querría usted decirme cuál es el suyo?”²⁰ Quizá debemos o tener muchos zapatos o elegir caminar descalzos, sin olvidar también que en ocasiones se le echa la culpa al pobre zapato cuando en realidad puede ser que el pie esté mal formado (Sánchez Ferlosio). Claro, tampoco podemos olvidar que a la mejor nos acostamos en el lecho de Procusto y resulta que no solamente perdimos los pies sino también la cabeza. Ya decía el poeta Baudelaire que en el siglo XIX se hablaba mucho de derechos pero siempre olvidaban uno: el “derecho a contradecirse”.•

Notas

¹ Citado por Antonio Colinas en *El sentido primero de la palabra poética*, Madrid, 2008, p. 17.

² Don Sen Tob, *Glosas de sabiduría o proverbios morales y otras rimas*, edición de Agustín García Calvo, Alianza Editorial, Madrid, 1983, p. 18.

³ Umberto Eco, *El nombre de la rosa*, Lumen, México, 1984, p. 595.

⁴ Antonio Machado, *Juan de Mairena, sentencias, donaires, apuntes y recuerdos de un profesor apócrifo*, 1936, edición, introducción y notas de José María Valverde, Clásicos Castalia, Madrid, 1991, p. 41.

⁵ Véase de Rafael Sánchez Ferlosio: *Vendrán más años malos y nos harán más ciegos*, Destino, Barcelona, 2001, pp. 182 y ss.

⁶ Harold, Bloom, *Poesía y represión. De William Blake a Wallace Stevens*, Adriana Hidalgo Editora, Argentina, 2000, p. 15.

⁷ George Steiner, *Errata. El examen de una vida*, Ediciones Siruela, Madrid, 1999, p. 32.

⁸ Don Sem Tob, *op. cit.*, pp. 115 y 116.

⁹ Citado por Miguel Ángel Muñoz Sanjuán, editor e introductor de la obra de Osip Mandelstan, *Sobre la naturaleza de la palabra y otros ensayos*, Árdora Exprés, Madrid, 2005, p. 12.

¹⁰ Véase Luis García Montero, *Inquietudes bárbaras*, Editorial Anagrama, Barcelona, 2008, p. 26.

¹¹ Isaiah Berlin, *El erizo y la zorra. Ensayo sobre la visión histórica de Tolstoi*, presentación de Mario Vargas Llosa, Muchnik Editores, Barcelona, 1981, p. 65.

¹² Edgar Morin, *Poesía, amor, sabiduría*, p. 15.

¹³ *Idem*.

¹⁴ Isaiah Berlin, *op. cit.*, pp. 39-40.

¹⁵ Antonio Machado, *Juan de Mairena...*, *op. cit.* p. 41.

¹⁶ *Op. cit.*, p. 245.

¹⁷ Antonio Machado, *Abel Martín. Cancionero de Juan de Mairena. Prosas varias*, Editorial Losada, Buenos Aires, 1968, pp. 30 y 31.

¹⁸ *Op. cit.*, p. 135.

¹⁹ *Ibid.*, p. 141.

²⁰ Antonio Machado, *Juan de Mairena...*, *op. cit.*, p. 245.

Francisco Javier Meza González. Profesor-investigador titular, adscrito al Departamento de Política y Cultura en la Unidad Xochimilco de la UAM. Contacto: fmeza@correo.xoc.uam.mx